para cerrárseles; siendo así que si no hay quien los cierre y componga el rostro del difunto, en helándose los miembros suelen quedar los ojos y la boca con fealdad, por no poderse entonces componer, y así parece que murió como Moisés *in osculo Domini*. Con que acordándose de todo lo pasado los que allí estaban, entendieron que él dispuso las circunstancias de su muerte como quien la sabía; ésta fué á 28 de Marzo de 1639 años. Causó espanto que muriese con tanta paz y con tan singular quietud, que ni un vuelco diese ni hiciese una demostración, de las muchas que lance tan riguroso suele causar y que pedía la enfermedad que poco antes le había causado tales congojas y aflicciones. Pero la respuesta que satisfizo á todo fué, que murió con aquella misma paz y con aquel mismo silencio y retiro con que había vivido, sin que supiese su muerte más que Dios, como no había tenido más testigos que Dios y él en su vida. Causó esta manera de muerte gran admiración, y quedaron todos los que la supieron sumamente edificados, hallando cada uno cosas particulares que rumiar y ponderar, que á todo esto dió ocasión un género de muerte tan pacífico y tan quieto, y á que habían precedido circunstancias que denotaron la certidumbre con que este admirable Padre procedió en todas sus acciones desde que se sintió tocado de la enfermedad.

Concurrieron á su entierro algunos de sus deudos y muchas personas nobles, así eclesiásticas como seglares que acertaron á saberlo, porque como no se avisó á nadie y el tiempo de la enfermedad fué tan breve, y la muerte tan no pensada y en tiempo tan ocupado, porque sucedió la víspera del glorioso Patriarca San José, en la cual, por ser el santo Patrón de los Reinos de la Nueva España, hay vísperas solemnes en todas partes; no hubo la frecuencia de gente que hubiera si no hubiesen concurrido todas estas circunstancias, que aun del haber concurrido ellas, y suceder en tal día la muerte, se persuadieron muchos había sido petición suya para morir tan sólo como había vivido y huir de ruidos, aun en su entierro. Con todo, concurrió el Cabildo eclesiástico y después mostraron sentimiento muchas personas, así religiosas como seglares, de que no se les hubiese dado parte de su muerte, para hallarse en el entierro. Poco después de la muerte de este siervo de Dios y el año de 1640, el P. Luis de Bonifaz, Rector del Colegio de San Pedro y San Pablo de México, hizo imprimir esta santa vida del P. Alonso Guerrero, á quien con razón intitulamos ejemplar de menosprecio del mundo, porque verdaderamente fué raro ejemplo de esto, como se echa de ver por todo el discurso de su vida que queda referido.



# CAPITULO XXIV.

## Vida y excelentes virtudes del P. Agustín de Quiroz, de la Compañía de Jesús, Visitador que fué de la Provincia de Nueva España. Año de 1622.

### § I

*Su entrada en la Compañía y primeras ocupaciones en que lo puso la santa obediencia.*

Aunque lo más de la vida del venerable P. Agustín de Quiroz, la pasó en España y Provincia de Andalucía, donde se crió, entró en la Compañía, y desde la primera edad hasta la última, fué creciendo como la luz del día en aumento de virtud, santidad y letras, hasta llegar á la cumbre de un varón consumado en religiosa perfección, y por esta causa parece que más pertenecía á aquella muy religiosa Provincia, el escribir las muy señaladas virtudes de sujeto que crió con la leche de su doctrina, y después lo tuvo por Maestro y Superior; con todo, por haber gozado (aun por el poco tiempo de su gobierno) su apacible y santa compañía nuestra Provincia de la Nueva España, siendo su Visitador, y haber sucedido su dichosa y santa muerte en nuestro Colegio de México, me hallo obligado á escribir en esta Historia la vida, virtudes y feliz tránsito de esta vida mortal á la eterna de tan santo varón.

Nació el P. Agustín de Quiroz en la Ciudad de Andújar en la Andalucía, de padres muy calificados y nobles: y así en las Inquisiciones de Sevilla, Granada, Córdoba y en la de este reino de la Nueva España, tuvo el título de calificador del Santo Oficio, que ejerció por muchos años, cumpliendo con las obligaciones de su nobleza, letras y Religión. Desde sus tiernos años trataron sus padres de su educación instruyéndole en las virtudes cristianas que abrazó con cariño por la docilidad de su buen natural. En las primeras letras mostró no sólo vivo y despierto ingenio, sino tal aplicación, que todos sus gustos y entretenimientos eran los libros (pronosticando aun desde esta tierna edad, que su larga vida se había de emplear en la universal noticia de las ciencias que felicísimamente alcanzó). Fué recibido en la Compañía de edad de 15 años, y llevado al noviciado donde se echan los fundamentos de toda virtud y perfección religiosa. Se aplicó de suerte á todos los ejercicios de ella, que su ejemplo era estímulo que alentaba á todos los demás Novicios para correr en el camino de la virtud. Acabado su noviciado pasó á los estudios de facultades mayores de Filosofía y Teología. Si bien interrumpidos, pues acabadas las artes le ocupó la santa obediencia en leer Gramática por espacio de cuatro años, acudiendo á este ministerio con tan gran cuidado y estimación del fruto que se coje de criar la juventud en virtud y letras, que pidió á los superiores le ocupasen y continuasen en él toda su vida. Esto no se lo concedieron por haber reconocido en él muy aventajado talento

para estudios mayores como en el estudio de las artes lo había descubierto y manifestado. Y así lo ordenaron de sacerdote en premio de lo bien que tanto tiempo había ejercitado el oficio de Maestro de latinidad; prosiguiendo después sus estudios de Teología, con las mismas ventajas que en él se habían ya reconocido; y acabada, le volvió á ocupar la obediencia otros cinco años en leer á los nuestros en el Seminario la Retórica y erudición y letras humanas, promoviéndole á esta ocupación los superiores, por el conocimiento y ciencia de las lenguas griega y hebrea que tuvo, que con grande aprovechamiento de los nuestros enseñó; y fué tan eminente en la lengua santa, que con ser humildísimo y nada presuntuoso de lo que sabía, dijo algunas veces, habiendo comunicado á muchos hebreos de nación, que en los secretos y misterios que tiene la lengua hebrea, eran niños respecto de lo que él alcanzaba. Y era tan aventajado en ésta, y en la latina, letras humanas y Teología, que daba muestra de esto en sus conversaciones ordinarias, refiriendo fidelísimamente muchos dichos y sentencias, á veces muy largas, de filósofos y poetas, y doctores santos; y así se hubo de emplear otros once años en leer la Sagrada Escritura con tanta aprobación y aplauso como lo publicaron después sus escritos que sacó á luz sobre algunos de los Profetas y algunas de las Epístolas de San Pablo, donde dió muestra de la solidez y madureza de su grande ingenio, capacidad y espíritu, y de la gran noticia de libros, lenguas y traslaciones, obra verdaderamente de grande estudio y trabajo, y en la cual no hay ciencia ni arte liberal en que no se muestre aventajadamente versado.

## § II

### *Cargos y oficios que tuvo el P. Agustín de Quiroz en la Religión.*

Reconociendo los Superiores los grandes talentos del P. Agustín de Quiroz, siempre lo ocuparon en oficios y cargos de mucha importancia, y todos los ejercitó con grande rectitud y prudencia. Fué instructor de los Padres, que habiendo acabado sus estudios se ejercitan otro año en la tercera probación que se usa en la Compañía. Consultor de Provincia fué muchas veces y dos veces Rector de Granada, una de Baeza; Superior de las Misiones de Ronda, Provincial de la Andalucía y últimamente Visitador de esta Provincia de la Nueva España. Prefiriéndole N. P. General á otros muy grandes sujetos de Europa para este oficio, que prueba bien el grande aprecio y estimación que siempre hizo de su mucha religión, letras y prudencia. Todos estos oficios ejerció con gran cuidado y singular crédito de la Religión, y con la grande estimación que siempre tuvo del Instituto y reglas de la Compañía; ajustándose en todo aun con las muy mínimas, deseaba y procuraba su perfecta observancia, y esto con grandísima apacibilidad en su comunicación y trato, de suerte, que con él alcanzaba de sus súbditos todo lo que quería: honrábalos en todas las ocasiones que se ofrecían, hablando bien de ellos, remediando las faltas que de ellos sabía con grande amor, secreto y suavidad, dándoles á entender que corregidas las olvidaba luego, y no perdían con él de la opinión y concepto antiguo que de ellos tenía, llamándolos para consolarlos cuando



sabía se habían disgustado por alguna cosa que les hubiese ordenado, para que entendiesen que no pretendía darles disgusto, y sólo deseaba que se corrigiesen las faltas, y á los que le avisaban de ellas, de tal manera los oía, que no se dejaba llevar de la primera información, sino que daba á entender que aguardaba el oir á todos, para proceder con más acierto.

Como había hecho tanta estimación del ministerio de enseñar gramática y educación de la juventud en la Compañía, así cuando visitaba los Colegios siendo Provincial, de esto eran las primeras consultas con los Maestros, encargándoles á ellos el buen ejercicio de sus oficios y á los Rectores el cuidado muy particular con los tales, para que les aliviasen el trabajo de esta ocupación. Y decía que en este oficio se habían de poner personas espirituales, tales como para púlpitos y confesonarios; pues para estas cátedras, aunque en el lustre inferiores, no habían de faltar. Era hombre muy espiritual y aficionado á cosas de espíritu, y á los que trataban de esto prefería en las ocupaciones á otros que no lo eran tanto, aunque en los talentos naturales les fuesen superiores. Finalmente, su gobierno, espíritu y prudencia fué norma de Superiores religiosos de la Compañía, y como nuestro Padre San Ignacio los pide y quiere en sus Constituciones y Reglas.

## § III

### *De sus religiosas virtudes.*

En la oración y ejercicios espirituales fué muy exacto, guardando siempre el recogimiento de su aposento sin salir de él, si no era cuando se tocaba la campana para ejercicios de comunidad á que estuvo siempre muy atento, porque con el estudio de por vida y lección perpetua de santos, labró dentro de su pecho una librería de Cristo, en que continuamente estudiaba. Ahorraba del tiempo en otros negocios, porque para esto no le faltase siendo Provincial; en los caminos se quedaba atrás para ir teniendo su oración, á que estaba tan habituado, que lo más del tiempo que estuvo en la cama en la enfermedad de que murió, no trataba de otra cosa sino de oración y coloquios tiernos, y jaculatorias con Dios Nuestro Señor, y para esto estorbaba que otros le entrasen á ver y ocupar el tiempo. Diciéndole un Padre grave si gustaba de que sobre tarde fuesen algunos á divertirle porque tuviese algún alivio en su enfermedad, le respondió: que no, que él tenía bien repartido su tiempo y ocupación. Y así á ratos decía á su compañero le leyese vidas y ejercicios de santos, lo cual también hacía por los caminos y por la mar, gastando el día en lección espiritual y pláticas espirituales y oración.

La pobreza que en su persona y vestido guardó fué extremada, la sotana siempre corta, rehusando mucho que se la diesen nueva, manteo no lo tenía ni aun siendo Provincial; cuando necesitaba de él para salir fuera, pedía que le trajesen el primero que se hallase á mano. Y así aun cuando hubo de partir de España por Visitador de esta Provincia, no quiso recibir un manteo nuevo que le daban, diciendo á su compañero pidiese al ropero uno viejo, que ese le bastaba. Los calzo

nes de que usaba de ordinario eran muy viejos, remendados y sin forro. Su aposento era un dechado ejemplar de religiosa pobreza, porque fuera de los libros (alhaja tan necesaria como propia de un escritor) nunca se vió en él cosa de curiosidad, ni de ornato, ni de valor, regalo, ni comodidad; no porque siendo persona de tanta autoridad no hubiera fácilmente podido adquirir y granjear muchas cosas de este género, sino porque voluntariamente quiso ajustarse al consejo de San Jerónimo: que al perfecto siervo de Dios no le permite tener ni poseer otra cosa fuera del mismo Cristo.

A esta pobreza de espíritu acompañaba la gran mortificación de su carne. Cuando era Provincial no consentía se le comprase en las posadas cosa de regalo, ni más de lo que se acostumbra á dar en nuestros refectorios á la Comunidad. Alabábanle una huerta nuestra en Écija por muy buena, y convidándole que la fuese á ver, nunca quiso, respondiendo: carezcamos de ver esta huerta para que veamos las eternas. Y con haber vivido en Sevilla por espacio de varias veces, nunca vió el alcázar del Rey ni otras casas de recreo que hay en aquella Ciudad. Caminaba una vez siendo Provincial, y pareciéndole que el mozo de mulas que llevaba iba cansado, se apeó de su cabalgadura y le hizo subir en ella y caminar muy gran pedazo del camino, disimulando su mortificación con que tenía frío y quería hacer ejercicio para calentarse, yendo el mortificado Padre rezando sus devociones y en oración. Habiendo de hacer jornada para esta Nueva España, no quiso ir á su tierra ni despedirse de sus parientes y deudos, antes les estorbó que ellos le viniesen á ver, ni despedirse de él. Y sólo les escribió que ya había alcanzado consigo de no irles á dar pesadumbre, que lo encomendasen á Nuestro Señor, que él lo haría por ellos también. En catorce años que estuvo en Granada, con ser los calores del verano muy grandes, eran muy raras las veces (que ni aun llegaron á tres) que quería beber del agua fría de aljibe, porque aun en esto cuidaba de su mortificación. En la enfermedad de que murió, en todo el tiempo que hizo cama no consintió se añadiese otro colchón, con ser que estaba flaquísimo, ni aun permitía se le hiciese la cama, y replicándole que estaba muy dura, respondió: que más dura estaba la tierra y que más había pasado y padecido su Dios por él; su comida era moderadísima, y tanto que era menester ponerle escrúpulo para que comiera siquiera lo que era necesario para sustentar la naturaleza; de la comida aunque estuviese mal sazonada nunca se quejó, antes agradecido, la alababa, diciendo que no merecía lo que comía. Y con venir enfermo toda la navegación, nunca quiso comer carne los días prohibidos, y llegado á México, fué menester mucho para persuadirle la comiera, diciendo que algo se había de ofrecer á Nuestro Señor.

De su obediencia basta decir que obedeció 41 años en una Religión donde se hacen tan continuas pruebas y tan menudas experiencias de esta virtud. Con las cuales su alma, habituada ya y como naturalizada en los actos de sujeción y en los ejercicios que son propios de una Comunidad religiosa, acudía á ellos con puntualidad admirable, siendo el primero al sonido de la campana. Y prueba buena es de su ciega y pronta obediencia el ejemplo último que nos dejó; pues se puede decir que el P. Agustín de Quiroz ofreció su vida por obedecer, obedeciendo á lo que N. P. General le mandaba que viniese á visitar á esta Nueva España. Porque aunque su Paternidad no quiso mandárselo sin saber primero su gusto y si tenía cosa que lo estorbase, tuvo el P. Quiroz muy en secreto esta carta por casi tres meses, sin que nadie supiese de ella, y lo que respondió fué: que un solo hijuelo tenía, que era el libro que tenía ya entre manos imprimiendo, que le pudiera detener algo. Pero que éste se lo sacrificaba y ponía en sus manos con ánimo y deseo de hacer lo que le mandase. La cual respuesta estimó y agradeció mucho N. P. General, y quedó con ella el Padre tan puesto en hacer su obediencia, que decía que aunque no le hubieran llegado los despachos de N. P. General, se viniera en la flota á esperar á ellos acá por saber ya por la carta que tenía, que ésta era su voluntad; y así se partió dejando á medio imprimir su libro, y dejando en España también todos sus papeles que había trabajado, por haberle significado un Padre que sería de más edificación para esta Provincia de Nueva España si viniese sin traer consigo nada de esto; y así, aunque eran trabajos propios que tanto se estiman, lo dejó todo y se vino. Y aun en la última enfermedad dió á todos ejemplos grandes de esta virtud, dejándose regir de los que le asistían y diciendo algunas veces que lo gobernasen, que para eso estaban allí. Y en un papel que dejó escrito, para que algunas cosillas que tenía se diesen á algunos de los de casa, con ser Superior de toda la Provincia, esto lo significa diciendo: «si Dios fuere servido de disponer de mi alma, me consolaré de que los Padres Superiores tengan por bien que de tal cosa use el Padre Fulano.» Y más abajo: ruego á los Superiores tengan por bien esto ó aquello.



Fué varón verdaderamente humilde, menospreciador de cuanto el mundo estima, sin que del trato y comunicación que tuvo con personajes se le hubiese pegado nada del siglo, ni cosa de la tierra. Su trato y comunicación exterior era muy apacible, sus palabras blandas, nada ostentativas de lo mucho que sabía. Siendo Provincial, en llegando á los Colegios y casas, acudía luego á fregar y á servir al refectorio, y en él besaba los pies á los nuestros á menudo y pedía la comida de limosna algunas veces. Estorbó siempre que le saliesen á recibir cuando iba á los Colegios. Y una vez que en España supo que sus deudos y algunas personas principales, y los Padres del Colegio que iba á visitar, le querían salir á recibir, anticipó su salida de la posada más temprano con riesgo de su salud, pasando un recio sol en los caniculares por llegar, como llegó al Colegio antes que le pudieran salir á recibir. Y cuando llegó al Colegio de la Puebla de los Angeles en esta Nueva España y al Colegio de México, fué menester mucho para que consintiese que algunos pocos de los nuestros le saliesen á recibir, por evitar la nota de falta de caridad y benevolencia en recibir á una persona de tanta autoridad y tan benemérita, y que venía de parte y Provincia tan remota como España. Cuando no era Superior acudía á confesar á cualquier género de gente por vil y baja que fuese, y á las cárceles de la Inquisición á confesar, ayudar y consolar á los que en ellas estaban. Prevenía á todos con el bonete en la mano, y en su última enfermedad, con estar para otras cosas sin sentido, en entrando alguno de los Superiores, se quitaba para hablarle la cofia que tenía en la cabeza. Y virtud era anexa á la de su humildad, el ser agradecidísimo á cualquier cosa que con él se hacía, mostrándolo en las palabras que decía á los que le asistían en su enfermedad. Finalmente, sobre el cimiento firme de esta profunda humildad, levantó y creció

el edificio grande de tan gloriosas virtudes con que se dispuso para la santa muerte que fué premio de tan religiosa vida.

§ IV

*De su enfermedad y dichosa muerte.*

Apenas comenzó á gozar esta Provincia de la apacible y santa compañía del P. Agustín Quiroz, cuando Nuestro Señor se lo llevó para sí. Tres meses no más estuvo en ella y todos tres estuvo enfermo sin tener un día de salud, como ni tampoco le tuvo desde que se embarcó en Cádiz, y así continuándose todo este tiempo su indisposición y enfermedad, que algunos de los médicos la juzgaron por especie de hidropesía, que le enflaqueció tan por extremo, que sin sobrevenirle el achaque común de calentura le acabó. Mucho antes se dispuso y preparó para esta última jornada, pues antes de salir de Sevilla hizo en orden á esto confesión general, y por la mar muchas y varias veces trataba de la muerte, y en la enfermedad se reconcilió y recibió la sagrada Comunión muchas veces, hallándose en ella con una paz y seguridad de conciencia tan grande, que causaba envidia á los que lo veían, dando continuamente gracias á Nuestro Señor porque no tenía cosa que le diese cuidado, y así toda su ocupación eran coloquios tiernos con Dios, con la Virgen y sus santos devotos, cuyas Imágenes hizo le pusiesen delante de la cama para tenerlos á la vista y hablar con ellos. Su continua jaculatoria era: Bendito sea Dios, alabado sea Dios, glorificado, cúmplase su santísima voluntad en todo y en mí también. Fué perdiendo el uso de los sentidos, y viendo que sólo el oído tenía entero, dió gracias á Nuestro Señor por este beneficio, porque podía oir algunas cosas que le decían los Padres que le asistían, agradeciéndoselos y pidiendo le dijesen mucho de Dios y de la bienaventuranza, como quien ya la miraba tan cercana.

Súpose su enfermedad y peligro en la ciudad de México, que mostró grande sentimiento por la falta de un varón tan santo, y habiéndolo sabido el Excelentísimo Virrey de esta Nueva España y el Marqués del Valle, y el Conde de Santiago, los mayores señores de este Reino vinieron luego á visitarle. Y S. E. sin querer sentarse en una silla que se le tenía prevenida, se hincó de rodillas ante la cama, y aunque el Padre Visitador le hizo instancia para que se sentase, respondió: «Así Dios guarde á vuestra Paternidad, que estoy muy á mi gusto; mucho siento su ausencia, cuanto envidio su muerte, porque tengo por cierto que va á gozar de Nuestro Señor, donde deseo y le ruego que se acuerde de mí, para que me dé tan buena suerte en mi fin, y le ruegue me ayude y me alumbre en este gobierno, porque me debe vuestra Paternidad mucha voluntad. Vaya muy consolado vuestra Paternidad y vea si tiene alguna cosa que encargarme, ó persona, ó deudo que le toque para que yo le acomode, que lo haré de mejor gana que á mis mismos sobrinos ó á otros de mi linaje.» A esto, levantando los ojos y manos al cielo, le respondió el Padre, agradeciéndole la merced que le hacía y que no se le ofrecía nada en esta parte que suplicarle. Replicó el Virrey: «pues qué mayor dicha que morir con



tanta paz y sin cosa que le dé cuidado. No tienen mayor ni tal ventaja ni los Papas, ni los reyes.» Estuvo en este razonamiento siempre de rodillas y cubierto, y concluyó con quitarse la gorra y por tres veces con grande instancia le pidió la mano y la bendición, y aunque lo rehusó el Padre, se la hubo de dar por su consuelo. Tornóle á pedir el Virrey se acordarse de él en el cielo, y añadió que le hubiera venido á ver muchas veces si el cargo y oficio no se lo estorbara; y con esto se levantó hablando palabras encarecidas de su santidad con el mucho aprecio y estima que había concebido de ella.

Llegó después el Marqués del Valle, y con mucha cortesía se despidió del Padre pidiéndole su bendición, haciendo lo mismo el Conde de Santiago. Otro día vino el señor Inquisidor y el Marqués de Villamayor, que con la misma cortesía y ternura se despidieron del Padre, el cual les agradeció con mucho comedimiento lo que con él hacían. Acciones todas de tanta ternura y edificación, que á todos los de casa y de fuera que asistieron, sacaron muchas lágrimas á los ojos y encendieron los deseos á la imitación de una vida tan religiosa para merecer una muerte tan pacífica. Esta noche, que fué la de 13 de Diciembre, á las dos y media de la mañana del año de 1622, habiendo recibido todos los santos sacramentos, falleció con mucha paz y serenidad, indicio de la que había tenido en su vida. Habiéndole Nuestro Señor traido sólo para que edificase con su ejemplo y dejase envidiosos de su vida y muerte á todos los de esta Provincia mexicana, se lo llevó su divina Majestad á descansar en su gloria en el Colegio de México, de 56 años de edad, 41 de Compañía y 21 de Profeso de cuatro votos.

General fué el sentimiento de toda la ciudad en sabiendo su fallecimiento, principalmente del Virrey, que con palabras de grande estimación de su santidad mostró le fuera muy grato el asistir á su entierro y honrarle con su presencia si no se lo estorbara su oficio; pero los demás títulos, personas públicas de los tribunales que hay en la ciudad, señores de la Real Audiencia, Prebendados y Cabildo eclesiástico, caballeros y de todas las religiones gran número, fué el acompañamiento de su entierro, llevando el cuerpo lo más lucido del Cabildo y de las religiones en sus hombros. Dejó en la ciudad nombre de santo, y se echó bien de ver cómo sabe honrar Dios, y honra aun acá en la tierra á sus grandes siervos.—Escribe de este insigne varón y resume su vida el P. Felipe Alegambe en su biblioteca de los escritores de la Compañía.

## CAPITULO XXV.

### Vida y virtudes del evangélico misionero entre naciones bárbaras, P. Cristóbal de Villalta. Año de 1623.

Aunque en la historia que escribí de las Misiones y Triunfos de la Fe, en la Provincia de Sinaloa, hice relación de las conversiones de naciones que redujo á nuestra santa fe este evangélico misionero, y dije algo de su celo santo y trabajos padecidos en aquellas evangéli-